

Serge Latouche y Anselm Jappe

Pour en finir avec l'économie. Décroissance y critique de la valeur

París: Libre & Solidaire, 2015

El libro que reseñamos recoge dos momentos de encuentro-debate entre Latouche y Jappe. El primero de ellos se produjo en mayo de 2011 en la ciudad francesa de Bourges; la transcripción de las intervenciones de ambos autores fue publicada poco después en internet y más tarde traducida y publicada en italiano bajo el título *Uscire della economia* (Salir de la economía), con un prólogo de Massimo Magini, que aparece como anexo en la publicación francesa. A partir de la edición italiana surgió la idea de realizar una publicación en francés, a la que se añadieron otros textos de 2014, presentados en un coloquio en la universidad Paris-VII. Por ello el libro se estructura en dos partes: la primera, que responde al título genérico “¿Cómo se inventó la economía?”, contiene una introducción de Clément Homs¹ y sendos textos de Latouche y Jappe. La segunda parte se titula “¿Es necesario Marx para pensar la ecología política?”, la conforman dos textos de Latouche y otro de Jappe.

¿SALIR DE LA ECONOMÍA? ¿CÓMO?

Serge Latouche es un conocido representante de la escuela del “decrecimiento” o, como él mismo se presenta, un “objeto del crecimiento”. Partiendo de una formación inicial marxista clásica pasó a trabajar en una perspectiva crítica a las propuestas de “desarrollo” para derivar en los últimos años en la crítica a la

¹ Éste animó entre 2007-2012 la revista *Sortir de l'économie* y actualmente colabora con el portal <http://www.palim-psao.fr>, que divulga textos de la corriente de la crítica del valor.

“economía del crecimiento”, con la que ha conseguido un impacto más allá de las fronteras de Francia. En la última década se ha traducido al castellano buena parte de su obra reciente². Sin embargo, la invitación que recibió para participar en el coloquio de Bourges no atendía a esta parte de su producción sino a otra menos conocida, más relacionada con su faceta de profesor universitario, dedicado a la epistemología de la economía. Sus principales reflexiones sobre estas cuestiones están plasmadas en un libro de 2005, no traducido al castellano (*L’Invention de l’économie*, ed. Albin Michel).

Yendo más allá de las críticas al *homo oeconomicus*, planteadas por autores como Polanyi o Marcel Mauss, Latouche afirma que no existe un objeto de la economía que tenga carácter transhistórico y transcultural, y tampoco una sustancia o esencia de tal ciencia: “las operaciones económicas de producción, consumo, ahorro, inversión, compras, ventas, etc. no son ni naturales, ni universales, ni eternas, ni racionales (en sí mismas)”. Por el contrario, esta disciplina deriva de la emergencia histórica de un *imaginario* que a lo largo de tres siglos ha colonizado los espíritus y las vidas (Latouche sitúa el proceso de “invención de la economía” entre finales del siglo XVII y finales del XIX).

El objetivo del autor es deconstruir la economía para “descolonizar el imaginario” dominante en nuestras sociedades, un imaginario económico que pasa desapercibido a la consciencia de la población –incluida la académica– que ha naturalizado sus conceptos y prácticas básicos.

La intervención de Jappe³ en este debate defiende los análisis de la escuela de la “crítica del valor” (cuyos principales referentes son Robert Kurz y Moishe Postone), que nuestro autor prefiere designar como la crítica del fetichismo de la

² Icaria ha publicado (2007) *Sobrevivir al desarrollo: de la descolonización del imaginario económico a la construcción de una sociedad alternativa*; (2009) *La apuesta por el decrecimiento: ¿cómo salir del imaginario dominante?*, *Pequeño tratado de decrecimiento sereno*, *Decrecimiento y posdesarrollo: el pensamiento creativo contra la economía del absurdo* y (2012) *La sociedad de la abundancia frugal. Contrasentidos y controversias del decrecimiento*. En Octaedro (2011) *La hora del decrecimiento* y (2012) *Salir de la sociedad de consumo: Voces y vías del decrecimiento*. En Adriana Hidalgo Editora (2014) *Límite*.

³ La editorial Pepitas de Calabaza ha publicado en castellano tres obras del autor: (2009) *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades* (con Robert Kurz y Claus-Peter Ortlieb); (2011) *Crédito a muerte: la descomposición del capitalismo y sus críticos*; y (2016) *Las aventuras de la mercancía*.

mercancía. Su postura en el debate consiste en ir más lejos en la misma dirección, radicalizando la crítica latouchiana de la economía.

Desde su punto de vista la economía no responde al hecho de que la humanidad deba desarrollar actividades para asegurar su supervivencia material, es decir, no constituye un análisis que responda a una necesidad transhistórica de la especie humana. Se trata, en cambio, de algo mucho más específico: “una manera de organizar la reproducción material de los seres humanos en torno a las categorías de trabajo, dinero, inversión, ganancia de las inversiones –cuestiones que con seguridad no forman parte de la naturaleza humana”. Desde esa perspectiva, la mayor parte de las sociedades que han existido han vivido sin economía, pues la vida social no estaba estructurada por el intercambio o el trabajo.

El análisis de Marx en la primera parte del libro I de *El Capital* es una crítica de la mercancía, del valor, del dinero y del trabajo, categorías específicamente capitalistas y modernas. Precisamente es a partir del despliegue histórico y material de éstas, en los siglos XVII y XVIII, que se construye un discurso económico. La diferencia con Latouche es que Jappe no se detiene sólo en la *invención* de una ciencia y un discurso (un “imaginario”)⁴ sino que simultáneamente insiste en el aspecto *material*: el desarrollo de relaciones sociales hegemónicas basadas en las categorías mencionadas. Por tanto, para “salir de la economía” no será suficiente con un cambio cultural que nos lleve a cambiar de definiciones o visiones del mundo, no bastará con “deconstruir” la economía, pues no estamos sólo ante un producto del imaginario sino de algo con implantación real en nuestras vidas y en el mundo social.

Para Jappe “salir de la economía” equivale a salir de los elementos que la definen: trabajo, dinero, valor. El dinero en el capitalismo no es simple medio de intercambio sino el objetivo central de su funcionamiento; el trabajo no es la mera actividad concreta de mediación con la naturaleza sino un mecanismo anónimo e impersonal del que no interesa su contenido sino sus resultados monetarios (producción y acumulación de plusvalor), el trabajo abstracto que debe ser movilizado continuamente en pos de la valorización del capital, sin consideración por las necesidades humanas ni los límites ecológicos.

⁴ En esta línea analiza las contribuciones de Mandeville (“los vicios privados generan el bienestar público”) y Sade que contribuyen a revolucionar la concepción del ser humano, que de ser moral deviene trabajador y consumidor.

En el debate de ambos autores con el público –recordemos, se trata de textos presentados a una audiencia en una ciudad “de provincias”- se precisan sus posturas, debatiendo acerca de las monedas sociales. Para Jappe, “la única alternativa al intercambio monetario sería una organización social en la que no exista el intercambio entre actores individuales en un mercado anónimo, sino una organización de la producción donde obtengamos nuestros medios de existencia por el hecho de participar de alguna manera de la vida social”. De ahí su crítica a las experiencias de “monedas alternativas” que pretenden desarrollar buenas prácticas en el seno del capitalismo, al que buscan reformar extirpando sus excesos pero conservando y naturalizando el papel del trabajo y, con ello, de la “economía”. Frente a estas propuestas el horizonte debiera ser el de una sociedad post-monetaria. Latouche, por su parte, defiende dichas iniciativas como primeros pasos hacia una “reapropiación de la moneda”, autogestionándola al margen de las instituciones (y, se supone, de las influencias del mercado capitalista) en el seno de una “economía no acumulativa”⁵. En definitiva, Latouche postula una sociedad no capitalista con moneda y Jappe una sociedad post-monetaria.

¿MARX? ¿A ESTAS ALTURAS?

La segunda parte del libro reproduce las intervenciones de los dos autores en un coloquio realizado en 2014 bajo el título genérico: “¿Es Marx necesario para pensar la ecología política?”.

Para Latouche la pregunta resulta insólita, porque en su opinión lo mismo cabría preguntarse respecto a Aristóteles, Spinoza, Kant o Hegel (entre los filósofos) o Fourier, Proudhon o Kropotkin (entre los reformadores sociales), o Tolstoi, Thoreau o Gandhi, como precursores del decrecimiento. En suma, “sólo una relación cuasi religiosa con Marx permite otorgarle un papel particular sobre este asunto”. Para pensar el decrecimiento Marx no resultaría inútil pero de ninguna manera sería necesario.

Según Latouche hay tres aportaciones de utilidad en el pensamiento de Marx: 1) su énfasis en el cambio social para poder compartir de una manera distinta, cambiando las relaciones de producción; 2) su análisis de la acumulación capitalista y de la lógica de la ganancia, como crítica al mecanismo de crecimiento continuo; 3) su crítica de la economía política, enfatizando el

⁵ Aquí el autor utiliza el término de forma positiva, como si se tratara de salir de la economía... ¿para establecer una buena economía?

carácter histórico de la misma, aunque Latouche opina que no habría cuestionado “la *economicización* de la vida en las sociedades modernas”.

Más allá de esta eventualidad utilidad el pensamiento de Marx sería irrelevante cuando no perjudicial para pensar el decrecimiento. Éste incorpora de forma indispensable la visión ecológica, a la que Marx habría sido ajeno, lo que le impidió analizar críticamente los conceptos de progreso, de necesidad o de valor de uso. Mayor responsabilidad le habría cabido a Engels, al rechazar los análisis de Podolinski que abogaba por una “concepción energética del valor”. En suma, el pensamiento de Marx está preñado de una ideología productivista que constituye un verdadero hándicap para quien quiera pensar el ecosocialismo. Por ello, la “lectura sofisticada” que hace Jappe sería sólo una forma de salvar a Marx para colocarle el sombrero del decrecimiento, pero esta es una operación que no tiene ninguna relevancia ni utilidad para teorizar el decrecimiento: “éste no es mi problema”, concluye Latouche.

En el texto que cierra el libro Latouche vuelve a reivindicar la necesidad de descolonización del imaginario, para romper con la religión del crecimiento y el culto a la economía. Propone un pacto societal para salir de la economía; es decir, para superar el corsé de la escasez, las necesidades, el cálculo económico y el *homo oeconomicus*. Aunque dicha “superación” no queda del todo clara cuando sugiere que en realidad se trataría de embridar la esfera económica sometiéndola a la social; es decir, da por supuesta la existencia de tales esferas separadas y cree que la segunda puede controlar a la primera... ¿que ya no desaparecería?: “Se trata de volver a encerrar el dominio de lo económico dentro de lo social mediante una abolición/ superación, consecuencia de la mutación antropológica” (p. 152).

Por otra parte, Latouche no propone *una* alternativa sino que reivindica la importancia y la posibilidad de recurrir a diversas estrategias de transición (en sus términos: prefiere el pluriversalismo antes que cualquier universalismo), que produzcan “rupturas bien concretas” en el marco de un “programa de transición reformador sin ser reformista” (p. 154). En esa línea señala la superación del libre cambio y la competencia, o la desmercantilización del trabajo, la tierra y la moneda. Su propuesta recalca la importancia de las regulaciones institucionales y las hibridaciones de medidas concretas.

Para Jappe, en cambio, no es posible no utilizar a Marx para comprender lo que nos ocurre, aunque no sea cuestión de tomar al pie de la letra cada una de sus palabras. Tampoco se trataría de elegir de aquí y allá ciertos argumentos de Marx dejando de lado otros que no nos interesan, sino de abordar la distinción entre

dos aspectos de su obra. Por un lado, un Marx “exotérico”: la parte más conocida de su obra en la que el autor se presenta como un hijo disidente de la Ilustración, de la sociedad del progreso y del trabajo, de la cual propugna una organización más justa a través de la lucha de clases. Por otra, el Marx “esotérico”, que critica las categorías fundamentales de la sociedad capitalista: valor, trabajo abstracto, mercancía y dinero.

El primero propugnó el desarrollo de las fuerzas productivas como presupuesto de la emancipación. Casi todo el marxismo oficial profundizó esta concepción. Las críticas al carácter antiecológico de este marxismo son justificadas. Jappe, y la escuela de la crítica del valor, cuestionan ese enfoque pero no descartando a Marx sino rescatando sus aportaciones “esotéricas”. Serían éstas las que permitirían comprender cabalmente la crisis ecológica: la valorización del valor a través del trabajo abstracto tiene como consecuencia un consumo creciente de materiales. Puede mostrarse esto a través de un ejemplo elemental: en un momento histórico un obrero fabrica típicamente una camisa en una hora; en otro, lo habitual es que una obrera en una fábrica textil haga diez en una hora (ahora cada camisa contiene solo seis minutos de trabajo social). Entre el primer y el segundo momento ha sido necesario multiplicar por diez el uso de materiales (tela, hilo, etc.) para obtener la misma cantidad de valor (el generado en una hora de trabajo socialmente necesario). En esta dinámica, en la que lo abstracto (valor) impone su dinámica a lo concreto (materias primas y energía), radica la explicación de la locura productivista del capital. No es la “maldad” de tal o cual grupo social quien dirige esta dinámica, lo que permitiría revertirla con un recambio de élites, sino esa dinámica anónima que se impone al conjunto de la vida social.

Por tanto, para salir del crecimiento sin límites es necesario construir una sociedad donde lo concreto no esté al servicio de un fetiche sin contenido que se acumula sin cesar. Y para este viaje no pueden desoírse las aportaciones del Marx “esotérico”. En palabras de Jappe: “desarrollar (este) núcleo de la teoría de Marx parece más útil para comprender nuestra época que, por ejemplo, referirse directamente al pensamiento proto-socialista o a la termodinámica” (p. 134).

A partir de este análisis Jappe plantea sus diferencias con el ecosocialismo de Lowy y el decrecentismo de Latouche. El primero atribuye los males del crecimiento capitalista a ciertas élites sociales (millonarios, ejecutivos, banqueros, inversores, ministros, parlamentarios y otros “expertos”), pero no a los trabajadores asalariados que se matan por un empleo con el fin de poder adquirir un coche o el último modelo de teléfono móvil; ni a los que trabajan en

industrias evidentemente contaminantes. Jappe señala que las constricciones del modelo fetichista afectan a todas las clases, incluido el proletariado. La lucha por la “defensa del empleo”, por ejemplo, no se inscribe en un horizonte superador del capitalismo, que sólo podrá desarrollarse rompiendo con el papel del trabajo como forma de organización social y como creador de “valor”. Lowy plantea una desaparición gradual del mercado; Jappe cita aquí la crítica Marx del programa de Gotha de la socialdemocracia alemana de la época: “el intercambio mercantil debe desaparecer desde el comienzo de la transformación social, no en su culminación”. Latouche, por su parte, plantea medidas graduales hacia el horizonte decrecentista: salida del euro, control de la inflación, pleno empleo, etc. Frente a estas propuestas Jappe afirma que no es posible dictar reglas alternativas al “sujeto automático” del valor: por ello se impone su abolición. La buena noticia es que el propio capitalismo avanza en esa dirección, reduciendo continuamente el empleo asalariado y minando así la fuente de valorización del valor. El desafío es afrontar la anomia que este proceso produce y la necesidad de afrontar grandes conflictos y luchas sociales, precisamente una cuestión que los decrecentistas eludirían constantemente.

En definitiva, Latouche sólo tiene en cuenta al Marx “progresista” y desarrollista y, como tal, lo descarta como fuente de inspiración significativa para la ecología política. Jappe comparte esas críticas pero las circunscribe a un ámbito de la obra de Marx (su parte “exotérica”), mientras rescata como aporte fundamental su crítica de las categorías históricas básicas de la sociedad capitalista ecocida: mercancía, dinero, trabajo abstracto y capital.

En suma, estamos ante un texto que confronta dos lecturas de la situación actual, y dos propuestas –más o menos desarrolladas- acerca de cómo afrontar el camino hacia una sociedad postcapitalista. Debate que está poco presente en el estado español, no tanto porque no existan análisis de esta índole sino por la escasa costumbre de debatir con rigor, además de la falta de visibilidad de estas y otras propuestas tanto en el mundo académico como en el altamente “massmediatizado” de las propuestas políticas.

Walter ACTIS